

SE VACIÓ A SÍ MISMO Y DIOS LO EXALTÓ

Filipenses 2:5-11

Espíritu de Dios, ven y abre las puertas de nuestro espíritu y de nuestro corazón al infinito. Abrelas definitivamente y no nos permiten que intentemos cerrarlos. Abrelas al misterio de Dios y a la inmensidad del universo. Abre nuestro intelecto a los estupendos horizontes de la Sabiduría Divina. Abre nuestra forma de pensar..., nuestra simpatía..., nuestro afecto..., nuestra caridad... (Oración de Jean Galot sj)

Después de haber recorrido un camino de acercamiento al himno cristológico de la carta a los Flp 2, 5-11, el Señor me invita a abrir las puertas del espíritu, del corazón y del intelecto al misterio de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Para Pablo, la calidad de vida de la comunidad no se basa en un llamado genérico a la benevolencia, a la amistad y a muchos buenos sentimientos, sino en la naturaleza misma y en la acción de Dios, en la imitación de Cristo, revelador y cumplidor del designio de amor del Padre sobre la humanidad. Jesús, Dios encarnado, Hijo y hermano crucificado y resucitado, es el modelo y, al mismo tiempo, la fuente de la existencia renovada y liberada de los cristianos.

Pablo pone en el centro de la carta, dirigida a los Filipenses, un himno ya en uso en las asambleas litúrgicas, con el objetivo de hacerlos reflexionar sobre su significado profundo, interiorizar su enseñanza y confirmarlos así en la fe. Surgieron muchas interrogantes en el espíritu de los filipenses, vacilaciones y demoras que frenaban su progreso espiritual y humano. No es fácil para nadie saber relativizar valores inconvenientes y engaños, rechazar la libertad de unas costumbres indecorosas, liberarse del complejo de superioridad, ponerse humildemente al servicio del hermano, aceptar obedecer dejando siempre de lado la propia voluntad y las propias formas de ver. Se les ha dado la gracia no solo de creer en él, sino también de sufrir por él, soportando la misma lucha que me vieron sostener y saben que todavía estoy sosteniendo ahora (Flp 1:29-30). Pablo propuso ayer a los Filipenses y hoy a nosotros un modelo divino, el Verbo encarnado en su humillación asumiendo nuestra naturaleza humana (Flp 1,27-2,11) para hacer suya la voluntad del Padre, la salvación de la humanidad. Cristo Jesús la asumió hasta el punto de aceptar la muerte en la

cruz. A los creyentes en Cristo, si lo quieren y como puedan, se les pide que colaboren en este maravilloso plan.

I - Estar en la condición de Dios, y no considerar como un privilegio ser como Dios (2:6).

Los filipenses estaban acostumbrados a sentirse diferentes y afortunados de habitar una colonia romana, a la que se le atribuían varios privilegios. El “privilegio”, a menudo sancionado por un acto soberano de la ley, favorece a una persona privada o a una categoría de personas que disfrutaban de ventajas y honores en relación a los hombres comunes. Eso puede generar discriminación, injusticia y una forma de proteger el poder establecido.

En la Trinidad no hay relaciones de superior a inferior, por la cual el Padre concede al Hijo el privilegio de la condición divina. Las tres personas divinas son iguales y consustanciales tal como lo profesamos en el acto de fe.

Antes de la reforma del Breviario Romano propiciada por el Concilio Vaticano II, una lectura de la memoria de San Atanasio (2 de mayo) presentaba el Credo de Atanasio del siglo IV. El clérigo era invitado a renovar su fe en la Trinidad con estas palabras (cito algunas expresiones).

La fe católica es esta: que adoramos a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en unidad. Sin confundir a las personas, y sin separar la sustancia. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola deidad, con igual gloria y majestad coeterna.

Como es el Padre, así es el Hijo, así es el Espíritu Santo. El Padre es increado, el Hijo es increado, el Espíritu Santo es increado. El Padre es inmenso, el Hijo es inmenso, el Espíritu Santo es inmenso. El Padre es eterno, el Hijo es eterno, el Espíritu Santo es eterno. Y, sin embargo, no hay tres eternos, sino un solo eterno. Así como no hay tres increados, ni tres inmensos, sino un increado y un inmenso. De la misma manera, el Padre es omnipotente, el Hijo omnipotente, el Espíritu Santo omnipotente. Y, sin embargo, no hay tres omnipotentes, sino uno solo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y, sin embargo, no hay tres Dioses, sino un solo Dios. El Señor es el Padre, el Señor es el Hijo, el Señor es el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no hay tres Señores, sino un solo Señor... Y en esta Trinidad no hay nada antes ni después, nada más grande ni menor, sino que las tres personas son coeternas y coiguales entre sí.

La recta fe quiere, de hecho, que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre. Él es Dios, porque es engendrado de la sustancia del Padre desde la eternidad; Es un hombre, porque nació en el tiempo de la sustancia de su madre. Dios perfecto, hombre perfecto: subsistiendo del alma racional y de la carne humana. Igual al Padre según la divinidad, inferior al Padre según la humanidad... Amén.

Sería espiritualmente útil releer, meditar con calma y orar con este Credo de San Atanasio. El enfatiza que Cristo Jesús está verdaderamente en la condición de Dios, no consideró un privilegio ser como Dios (Fil 2:6). No quiso aprovecharse de esta situación para su propio beneficio.

II – Despojarse de sí mismo y asumir la condición de siervo (Flp 2,7)

La palabra “aniquilación” está en el corazón de los betharramitas, pero a menudo no somos conscientes del problema existencial que plantea. ‘Aniquilación’ es el sustantivo del verbo activo ‘aniquilar’, que indica una obra de destrucción hasta que no quede nada, hasta ser

incapaz de reaccionar, hasta ser privado de toda su dignidad. En cambio, al encarnarse, Cristo siguió siendo verdadero Dios y verdadero hombre.

Para evitar el uso indebido de la expresión ‘aniquilación’, es mejor ceñirse a la lengua griega ‘*kenow* = vaciarse’ y ‘*kenosis* = vaciamiento’. Pablo utiliza esta expresión con la intención de fortalecer las relaciones vividas dentro de la comunidad cristiana: no el dominio de uno sobre el otro, sino el humilde servicio mutuo inspirado en el amor fraterno. Vaciarse de sí mismo siguiendo el ejemplo de Cristo Jesús.

Él no dudó en renunciar a su gloriosa existencia con Dios asumiendo nuestra naturaleza humana para revelarnos el rostro del Padre. Y esto con un acto libre, voluntario, responsable frente a las decisiones a tomar: convertirse en un humilde servidor, servir a todos con desinterés, sufrir y morir para que los hermanos se salven.

Aquí estoy, yo vengo para hacer tu voluntad. A partir de ese momento permaneció siempre en estado de víctima, aniquilado ante Dios, sin hacer nada propio, sino siempre movido por el Espíritu de Dios, constantemente abandonado a la voluntad de Dios para sufrir y hacer todo lo que Él disponía (San Miguel Garicoits, El Manifiesto: texto fundacional).

“Vaciarse y vaciamiento” indica rebajarse y humillarse ante Dios libremente, conscientemente, para una misión sublime. Jesucristo se encarnó para proclamar y dar testimonio del amor del Padre por toda la humanidad. Era consciente de que el Padre le había confiado la misión de salvar a los hombres. Habiendo hecho suya la voluntad del Padre, ser fiel a esta misión era una exigencia para él. Esta fidelidad implicaba no valerse de su igualdad divina, despojarse de la propia voluntad, asumir la condición de siervo, incluso ofrecer la propia vida.

Ojalá todo nuestro ser, nuestro cuerpo y nuestra alma, tuvieran un solo impulso, un impulso generoso de dejarnos guiar por el Espíritu de amor, diciendo incesantemente: “Aquí estoy: Ecce venio” (MS 146)

El vaciamiento de sí mismo no es una autodestrucción de la mente, el corazón y la voluntad, hasta el punto de aniquilar la personalidad. Las Escrituras muestran que Jesús de Nazaret no pierde los atributos divinos; no los conserva a su servicio, sino para glorificar al Padre. Basta recordar la inmutabilidad del pensamiento y de la voluntad, la omnisciencia de alabar la fe en los que acuden a él en busca de milagros, de reprender a Judas por su beso traicionero, de desbaratar el entusiasmo de Pedro preanunciando su traición, de la omnipotencia de curar a los ciegos y a los enfermos, de expulsar demonios, de resucitar a los muertos. Dejo a cada uno de ustedes la búsqueda de los versículos correspondientes del Evangelio.

3. Asumió la condición de siervo.

En el mundo occidental y en la mentalidad moderna, la palabra “siervo” no se entiende si se opone al concepto de “libre”. En el mundo semítico y bíblico, el “siervo” es una persona que pertenece a otra persona. No es la falta de libertad lo que califica al siervo tanto como la pertenencia. De hecho, los consejeros, embajadores y supervisores del rey, así como los pueblos subyugados, son llamados “siervos” (1 Sam 16:15; 2 Sam 10:19; 15:34; 1 Re 11:26; Jos 9, 11).

Sin cambiar el sentido fundamental, hay diferentes maneras de concebir la pertenencia y diferentes maneras de leer el término “siervo de Dios”. Al pueblo de Israel se le llama “siervo de Dios”; pertenece a Dios y por eso el Señor se compromete en liberarlo (Jer 30,10). El creyente experimenta que su propia existencia está en las manos de Dios, de

aquellos que reciben la vida, la curación, la libertad, el sustento, la protección, la ayuda (Sal 34:23; 69:37; 119, 17, 23. 135, 140, 176). Moisés es el que transmite fielmente la voluntad de Dios en la historia. David, como todo rey, pertenece a Dios y Dios le ha dado la tarea de salvar al pueblo de sus enemigos (2 Sam 3:18; Ez 34, 23-24). Job es presentado como el que se somete, no pasivamente, a la voluntad de Dios. Es el hombre el que busca a Dios y, por lo tanto, le pertenece (Job 1:8; 2:3; 42:7-8). En el primer poema de Isaías 42:1-7, el “siervo” es llamado por Dios a llevar a cabo un plan divino de salvación en la debilidad, la humildad y la oscuridad, respetando y apoyando a los más pequeños y a los débiles. En el segundo poema (Is 49,1-9), el Señor asegura al siervo que experimenta el malestar del aparente fracaso de su misión: hoy será humillado, mañana será glorificado por su pueblo ante las naciones. En el tercer poema (Is. 50:4-11) el siervo es perseguido violentamente, pero el Señor está con él y su resistencia se debe a la fuerza divina. Su muerte es un sacrificio agradable y la vida que brota de ella es un don no solo para el siervo, sino también para los pecadores por los que el siervo había ofrecido su vida (Is 52,13-53,12). A la luz de esto, puedo entender mejor la misión, muerte y resurrección de Jesús.

Él es el Hijo de Dios: *“Este es mi Hijo amado: en él me complazco”* (Mt 3,17)... *“Escúchenlo”* (Lc 9,35). Es un siervo que busca a las ovejas perdidas, que ha venido por los enfermos y los pecadores, cerca de los más pequeños, acompañando por los caminos, por los pueblos y las ciudades, incluso fuera de las fronteras de Israel, y que ha permanecido fiel a la misión recibida del Padre. Para algunos, Él habla con autoridad, mientras que otros se burlan de Él y buscan una razón para matarlo.

Por eso Dios lo exaltó y le dio un nombre que está por encima de todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua proclame: *“¡Jesucristo es el Señor!”*, para gloria de Dios Padre (Fil 2, 9-11).

4. Para la reflexión personal y comunitaria

- a) ¿Hasta qué punto acepto a un Dios que se ha vuelto pobre, hambriento, desnudo, ofendido, derrotado en la cruz? ¿Quizás este Dios me perturba para considerarme privilegiado y superior a los demás por ser religioso y sacerdote?
- b) Renunciar a los privilegios para amar mejor. Ante la propuesta de una nueva misión, ¿me dejo llevar por la angustia de perder los privilegios adquiridos y la comodidad de una vida sin agobios y sin demasiados sacrificios?
- c) Aceptar ensuciarse para servir mejor. Cuando me encuentro con un hermano desafortunado, desfigurado, consumido, sucio, herido y tímido, ¿cómo reacciono? ¿Puedo ver en él el rostro de Jesucristo?

Dios quiere que los instrumentos se vacíen de todo, especialmente de sí mismos, completamente abandonados en su corazón a la acción del Espíritu Santo, a la ley del amor y de la caridad... y a la gran ley de la obediencia (DS 45-46) de manera libre, responsable y disponible.



Societas S^{mi} Cordis Jesu
BETHARRAM

Casa General via Angelo Brunetti, 27 • 00186 Roma (IT) • www.betharram.net